

EL LENGUAJE POLITICO DE LA JUVENTUD EN EL *LIVRE DES FAIS ET BONNES MEURS DU SAGE ROY CHARLES V*

*The political language of youth in the Livre des
fais et bonnes meurs du sage Charles V*

Juliana Eva Rodríguez
Universidad de Buenos Aires
CONICET

julianarodrigueztemple@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Monarquía
Francia
Aristotelismo político
Carlos VI
Juventud

En el Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V (1404) Christine de Pizan elabora un modelo de gobernante ideal en la tradición del aristotelismo medieval. Siguiendo la estructura de los espejos de príncipes de la época, la autora dedica los primeros capítulos de la obra a la juventud del rey, partiendo de la teoría aristotélica de las edades del hombre y de las categorías hipocráticas de los humores corporales. Si la juventud aparece como una etapa común a todos los hombres, gobernada por los vicios y deseos carnales, su poder de destrucción se intensifica en el caso del heredero al trono, en tanto resulta una amenaza para la integridad y continuidad del reino. En este sentido, por fuera de los elementos recurrentes del tópico de la juventud, resulta interesante plantearse en qué medida la materia aristotélica tomada de la literatura de los espejos adquiere un significado particular en la economía de la obra. ¿En qué medida las etapas de vida de los hombres escapan a la mera aplicación de un modelo para transformarse en un relato político del presente y devenir del reino de Francia?

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Monarchy
France
Political aristotelism
Charles VI
Youth

In the Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V (1404), Christine de Pizan elaborates a model of the ideal ruler of the medieval Aristotelian tradition. Following the structure of the mirrors of princes of the time, the author devotes the first chapters of her work to the king's youth, drawing from the Aristotelian theory of the stages of life and the Hippocratic categories of corporal humors. If youth appears as a common stage to all men that is governed by vices and carnal desires, its power of destruction is intensified in the case of the heir to the throne, while it is a threat to the integrity and continuity of the kingdom. In this sense, outside the recurring elements of the topic of youth, it is interesting to consider to what extent the drawn from mirror literature acquires a particular meaning within the economy of the work. To what extent do the stages of men's life escape the simple application of a model to become a political tale on the present and future of the kingdom of France?



Recibido: 17/06/2019

Aceptado: 02/08/2019

Notas preliminares

Le Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V, redactado en 1404 por encargo del duque de Borgoña, suele considerarse como el primer escrito político de Christine de Pizan. Allí, la escritora construye un modelo de rey sabio bastante particular, ya que no remite a un tipo abstracto ni mítico sino a la figura histórica de Carlos V, rey de su infancia y predecesor del monarca reinante. Especie de biografía y panegírico real, con elementos que lo asimilan a los espejos de príncipe, pero con argumentos que lo ubican en el campo de la teoría política moderna, el *Livre des fais* resulta ser un tipo híbrido que se resiste a toda categorización de género (Le Ninan 2013: 82). La construcción de un modelo regio a partir de un monarca de carne y hueso, todavía presente en la memoria de los vivos, y al que había servido su padre, en tanto consejero y astrólogo real, otorga a la materia histórica un lugar central. No obstante, esto último no hace de la obra un sucedáneo de las *Grandes Chroniques de France*; tampoco, si se considera su carácter teórico, la convierte en un calco de las autobiografías soberanas derivadas de las *Vitae*.¹ Si, por un lado, el vínculo especial entre teoría e historia impide un mero relato lineal de la vida del soberano, por el otro, impide una completa asimilación con los espejos de príncipes bajomedievales. De ahí que el abordaje de toda materia al interior del texto no pueda desvincularse del carácter singular de la obra en cuestión. En ese sentido, el tópico de la juventud no resulta una excepción y ha de cotejarse bajo la consideración de tres factores: la historia reciente que concierne al gobierno de Carlos V; el presente de la escritora, marcado por el reinado de Carlos VI y la lucha por el poder que involucra a la reina y los príncipes de sangre; finalmente, las categorías aristotélicas para la construcción de un modelo político.

De lo particular a lo universal

Siguiendo el curso del relato biográfico, el capítulo de la natividad del rey precede a una serie de capítulos destinados a tratar su juventud. Sin embargo, lo que hasta aquí venía siendo un relato individual centrado en la figura histórica del rey sabio parece diluirse en la categoría de lo universal de tipo aristotélico. El abordaje de la juventud a partir del argumento de las edades de los hombres, que supone el pasaje de lo particular a lo universal, tiene como resultado el ingreso de la “la juventud de Carlos V” a la categoría universal de la “juventud” bajo el imperio de la ley natural,

¹ Al respecto, puede considerarse la *Vita Karoli Magni* de Eginardo o la *Vita Karoli Quarti*, de Carlos IV, rey de Bohemia y Emperador de Romanos. Sobre las autobiografías soberanas puede consultarse el volumen de Pierre Monnet y Jean-Claude Schmitt (2012: 113).

como el resto de las especies vegetal y animal.² Así, sobre la base de Aristóteles y su continuador medieval, Egidio Romano, la autora desarrolla su propio modelo de las primeras edades de los hombres, al que integra la teoría hipocrática de los humores corporales.

En principio, el cuerpo del joven se presenta como un contenedor grosero que bloquea toda operación del intelecto; solo con el transcurso del tiempo, dicho instrumento recibe de la naturaleza la perfección necesaria para que puedan desarrollarse en su seno las virtudes intelectivas (Christine de Pizan 2009: 44).³ Esto explica, que por causa de naturaleza, todo joven esté inclinado a diversos vicios originados en apetitos carnales, desconociendo por completo los límites de la razón.⁴ En este esquema general, todos los jóvenes se conducen de acuerdo con una ley natural que no repara en categorías sociales, aquel “commun cours par lequel la sensualité humaine incline le cuer du jeune” (Christine de Pizan 2009: I, X, 51). Pero, si en líneas generales nada resulta singular en un tópico de uso frecuente entre los espejos de príncipes y otros escritos políticos de la época, la cuestión adquiere un viso diferente al considerar el carácter peculiar del *Livre des fais*. Desde el momento en que el gobernante ideal de Christine no responde a un tipo abstracto sino que se encuentra encarnado en una figura histórica cuasi contemporánea a la autora, el tópico de la juventud viene a irrumpir sorpresivamente en el relato individual del monarca, invitando a una reflexión aparte. Para empezar, es la escritora misma quien desde un comienzo manifiesta no ser de su interés ni del propósito de la obra el narrar los hechos de la adolescencia de Carlos V “de la quelle chose grant naracion faire n’est mie neccessaire” (Christine de Pizan 2009: I, VI, 43). Por lo demás, hay que reconocer que para la Edad Media la juventud estaba lejos de representar aquella panacea de virtudes en la que se convertiría tiempo después; lo que explica, en cierto modo, que los escritores de la época no le rindiesen un especial culto. De ahí, la escasa presencia de relatos en los textos medievales que se ocupen de la infancia y la adolescencia, especialmente, en la literatura política de la época. En lo que concierne a Christine, la autora admite que el comportamiento del delfín durante su adolescencia no siempre se ajustó a lo esperable en un príncipe.⁵ Hecha la aclaración, la personalidad del joven Carlos parece diluirse en el argumento de una juventud que responde al ciclo de las primeras edades de los hombres. No obstante, cabe preguntarse si esta temática que la escritora desarrolla desde el capítulo siete al once del Libro I resulta la mera repetición de un tópico o si por el contrario puede vincularse a una realidad histórica concreta. En

² “Pour ce que le susdit suppost, c’est assavoir la matière où nous sommes entrez du temps de l’aage de jeunee, nous donne cause de plus avant dire, sera un petit divulgué en cestui chapitre des propriétes d’ycelle, en descriptant, selon les autteurs et mon petit engin, ses mouvemens, passions et operacions diverses” (Christine de Pizan 2009: I, IX, 47). “Comme dit le philosophe, la fin, qui est le terme de tout œuvre, rend concluse et close toute chose à terme estable, et à nostre propos, Dieu, sapience infinie, acteur de toute forme, encore lui plot, homme par le cours de son establissement, que nous disons nature, assimiler en diverses choses à tous autres animaulx, comme à nostre propos, se peut appliquer aux plantes végétatives” (Christine de Pizan 2009: I, XII, 55).

³ “Comme il soit voir, nature humaine, pour cause de sensualité, estre encline à plusieurs vices tous tendens au délit et aise du corps, lesquelles choses ne procurent mie les proprietez de l’ame intellective” (Christine de Pizan 2009: 47).

⁴ Así, el joven “environ l’aage de son adolescence, adont n’est nulz qui peust comprendre les divers mouvemens qui en celluy corps sont compris, lequel, comme passionné d’appétit sanz ordre, par inclination naturelle, non cognoissent encore la lime et correction de raison” (Christine de Pizan 2009: I, X, 48-49).

⁵ “Et aussi pareillement n’est à mon propos et ne quier faire grant narracion sur les fais de l’adolescence du dit Roy ; et pour toucher la vérité, j’entens que jeunesce, par propre volenté menée plus perverse que à tel prince n’apertient, dominoit en lui en cellui temps” (Christine de Pizan 2009: I, VII, 44).

este sentido, ¿cuán ominosa fue la adolescencia del rey? ¿Es ella la que justifica la irrupción, en el relato individual, del tópico de las edades?

Si Christine opta por no narrar los hechos de la adolescencia del rey, las *Grandes Crónicas* y otras fuentes de la época dan a conocer lo que *a priori* parecía haber sido una juventud turbulenta.⁶ A juzgar por los relatos de la época, de hijo rebelde a traidor a la Corona, la línea era lo suficientemente difusa para que el joven delfín fuese ubicado en uno u otro casillero según las circunstancias y las opiniones (Autrand 1994: 173). Como duque de Normandía se había rodeado de hombres cuya lealtad monárquica a su padre, el rey, había sido oscilante. Luego, con solo diecisiete años y en una etapa crítica de la Guerra de los Cien Años, había intentado fugarse al encuentro de su tío, el Emperador Carlos IV, contraviniendo las órdenes de Juan el Bueno (Autrand 1994: 150-68). Pero, ante todo, era el vínculo que el delfín mantenía con Carlos de Navarra, enemigo de su padre y pretendiente a la Corona de Francia lo que hacía sobrevolar sobre su persona el título de traidor (Autrand 1994: 99-113). A esto venían a sumársele otros tantos actos de desobediencia al rey que ponían en duda su lealtad monárquica. Sin duda, Christine contaba con no pocos motivos para evitar referirse a la adolescencia agitada del príncipe Carlos. Ante este panorama, resulta probable que el argumento de las edades sirviese para camuflar lo que las fuentes oficiales de la época tildaban incontestablemente de juventud turbulenta. Por otra parte, auspiciaba de argumento exculpatorio, en tanto la juventud, bajo el imperio de la ley natural, permitía expurgar las faltas cometidas puesto que, en ausencia de toda razón, el joven no podía discernir entre lo bueno y lo malo. Por ende, si el comportamiento del delfín no siempre se había ajustado a lo esperado en un príncipe, la causa había de buscarse en la naturaleza viciada de la juventud que pervertía la adolescencia del rey. Sumado a esto, el tópico de los malos consejeros y aduladores terminaba por borrar toda mácula de responsabilidad ya que la ausencia de razón, adjudicable a su naturaleza juvenil, lo conducía a confiar rápidamente en hombres corruptos que lo llevaban por el mal camino.⁷ Como se puede inferir, el tópico de la juventud se presentaba como un recurso que permitía eludir la narración de hechos concretos de la adolescencia del rey, los cuales lejos de representar simples faltas morales podían ajustarse bastante bien al crimen de lesa majestad y traición a la corona. Si esta premisa resulta válida, los cinco capítulos dedicados a la temática – capítulos VII al XI– invitan a replantearse, no obstante, si el tópico de la juventud se reduce al rol de un recurso evasivo o si por el contrario alberga en su seno otros significados.

⁶ En efecto, el delfín Carlos entra en la escena política de las *Grandes Crónicas* con un acto de revuelta marcado por su intento de fuga para encontrarse con su tío el emperador (Autrand 1994: 100).

⁷ De este modo justificaba Christine el mal comportamiento del delfín en sus años de adolescencia: “mais je suppose que ce pot estre par mauvais administrateurs, car, comme jeunece soit de soy incline à mains mouvemens hors ordre de raison, encore quant elle est conduite et exortée par mauvais et sanz conscience adnonciateurs plus tendens à l'adulacion du jeune courage du prince, pour leur gré acquerre, que à le conduire par pure et deuevoye, c'est un grant meschief et péril entour grant seigneur” (Christine de Pizan 2009: I, VII, 44).

“Maldita es la tierra donde el príncipe es un niño”

Ante todo, la juventud era desorden,⁸ un estado bestial producto del desarreglo humoral que pervertía el comportamiento de los jóvenes sin reparar en categorías sociales.⁹ Así, el adolescente era “comme le poulain sanz lien, habandonné à toutes voyes” (Christine de Pizan 2009: I, X, 51). No obstante, cuando el tópico se vuelve pedagogía, la generalidad deja paso a unos destinatarios de perfiles más definidos, posibles de identificar al interior de la jerarquía social del reino. Si la juventud era en líneas generales peligrosa, las consecuencias que acarrecaba no eran las mismas para todos siendo especialmente nefastas para los jóvenes ubicados en posiciones de poder. De ahí que Christine asimilase la reunión en un mismo cuerpo de juventud, ocio y poder, al compuesto alquímico del azufre, el fuego y la mecha, colocados –todos– en un mismo recipiente.¹⁰ Su efecto resultaba explosivo y destructivo, del mismo modo que el poder en manos de hombres jóvenes entrañaba los peores infortunios. Su posición social y las riquezas, siempre al alcance de sus manos, permitían la satisfacción de todos sus deseos. Así, estos jóvenes vivían en un estado de ocio permanente rechazando el camino del estudio y el perfeccionamiento moral exigidos a todo futuro servidor de la corona (Christine de Pizan 2009: I, VII, 44-6). Bajo el imperio de las pasiones, en ausencia de razón, eran incapaces de asumir las responsabilidades de su cargo convirtiéndose en presa fácil de “mauvais et sanz conscience adnonciateurs”.¹¹ En cuanto al vértice de la jerarquía, el caso de un rey joven significaba una calamidad. A modo de ejemplo, el caso de Roboam, hijo de Salomón y heredero del reino unificado de Judá e Israel, venía a ilustrar el destino de un reino en manos de un hombre joven. En este *exemplum*, invocado por la autora en otras obras, el orgulloso Roboam conducido por sus jóvenes camaradas echaba a perder los logros de unificación de su padre provocando la división y decadencia del reino (Christine de Pizan 2009: I, VII, 45). Frente a este panorama, el único antídoto para torcer la naturaleza viciada de la juventud resultaba ser la educación. Para el caso particular del príncipe heredero, su finalidad era principalmente la de prepararlo para el oficio regio. De ahí, que lo esencial radicase en lograr un comportamiento virtuoso y en cultivar el entendimiento “car tout anssi que seigneurie humaine est rogle des autres estas, est raison qu’elle soit régulée et reemplie de precieux joyaulx et vertus et de l’entendement” (Christine de Pizan 2009: I, VII, 44-5). Por otra parte, la responsabilidad de la educación del joven

⁸ “adont n’est nulz qui peust comprendre les divers mouvemens qui en cellui corps sont compris, lequel, comme passionné d’appetitsanz ordre, par inclinacion naturele, non cognoissent encore la lime et correction de raison” (Christine de Pizan 2009: I, IX, 48-9).

⁹ “Infinis mouvemens habondent es cueurs des juenessanzfrain de raison, qui est le regart de la fin de toutes choses, es uns plus, es aultres moins, selons leurs diverses complexions, lesquelles causent es aucuns joye, es autres riotes et melencolie, si comme aux sanguins soulas et esbatemens, et aux melancoliques ou coleriques riotes et despiz; et partout y a infinis perilz” (Christine de Pizan 2009: I, X, 50-1).

¹⁰ “[...] si n’est mie sanzgrant péril, et plus es princes et es poissans que es moyens ne es mendres; la cause si est pour l’assemblément de juenece, oisiveté et poissance ensemble, qui est comme feu, souffre et esche en un vaissel” (Christine de Pizan 2009: I, X, 51).

¹¹ “comme jeunece soit de soy encline à mains mouvemens hors ordre de raison, encore quant elle est conduite et exortée par mauvaiz et sanz conscience anminciateurs plus tendens à l’adulacion du jeune courage du prince, pour son gré acquerre, que pour le conduire par pure et deuevoye, c’est un grant meschief et péril en tout grant seigneur; car orgueil qui leur ramentoit leur haulte puissance, et juenece qui les instruit à leur singulier plaisir en tous délis, leur ostant la crainte et regart de toute discipline, et par outrecuidance peuent estre conduis à telle ignorance que ilz présument à eulx estre licite faire follies et choses hors ordre de bonnes meurs” (Christine de Pizan 2009: I, VII, 44).

príncipe radicaba en la sociedad adulta, y, en este sentido, la principal tarea de los padres y familiares cercanos al príncipe era la de controlar su entorno. En principio, seleccionar el cuerpo de sabios y prudentes maestros. Luego, evitar las malas compañías. En esto, los contemporáneos podían guiarse por el modelo de los antiguos, donde los hijos de reyes y príncipes tenían como maestros a los filósofos y sabios caballeros para todas las cuestiones de administración, gobierno y disciplina (Christine de Pizan 2009: I, VII, 45). No obstante, a pesar de la importancia que Christine otorga a los filósofos a lo largo de la obra, poniendo como prioridad las necesidades de su tiempo, la autora antepone a los grandes sabios los maestros prudentes capaces de lograr la disciplina del joven. La corrección del joven príncipe era una tarea que solo podía ser llevada a cabo por hombres prudentes, dotados principalmente de la experiencia para actuar con la mayor de las precauciones ante unos jóvenes cuyos cambios humorales podían despertar los odios más iracundos.¹² De este modo, “comme bon medecin qui desire la garison de son enfeme” (Christine de Pizan 2009: I, XI, 52) el maestro debía saber aplicar para cada caso el método más adecuado. Esto explica el rol central de la prudencia entre los educadores, ya que dicha virtud permitía discernir el mejor medio para alcanzar un determinado fin; en este caso la disciplina del joven príncipe. Respecto a la educación formal, la autora recomendaba seguir el modelo impartido por el rey Juan a su hijo Carlos sobre la base de las siete artes liberales, con especial interés en el aprendizaje del latín y la gramática. En cuanto al futuro rey, el estudio de la ley resultaba esencial, puesto que la escucha de casos a la que obligaba el oficio regio volvía absolutamente necesario el conocimiento acabado de la materia jurídica por parte del soberano (Christine de Pizan 2009: I, VI, 43-4). De lo que se trataba, en efecto, era de evitar que las leyes fuesen comentadas por terceros, lo cual podía llegar a alterar el buen juicio del rey y entorpecer, así, las causas de importancia política. Sin duda, la escritora veía en la educación el principal medio para torcer la predisposición natural al vicio, propia de la juventud, y el único medio para introducirlo en el camino de la razón. Asimismo, la disciplina y el cultivo de un comportamiento virtuoso resultaban de primer orden en la educación del primer servidor de la corona.

La reforma de la caballería

Al interior de una pedagogía dedicada a los jóvenes en posiciones de poder, por debajo del príncipe heredero se encontraba la caballería del reino. Para esta última, la propuesta de la autora se basaba en una reforma educacional de carácter legislativo que imitase el modelo espartano enfocado esencialmente en la disciplina. Así, la sanción de nuevas leyes, semejantes a las de Licurgo en la Antigua Esparta, tendrían por objeto erradicar la vida ociosa e inculcar, en su lugar, los valores de trabajo, humildad y respeto (Christine de Pizan 2009: I, VII, 45-6). Si en un futuro cercano el modelo de Licurgo se convertirá en la expresión de una pedagogía cívica orientada a la totalidad de la comunidad, y, si en el *Livre des fais...* goza de cierta generalidad, en lo esencial remite a la caballería, aunque esta fuese espejo del reino. En cuanto a la medida, la idea misma de reforma ponía en evidencia una visión crítica de la caballería de su tiempo, que por aquella época era

¹² “et aux maîtres et gouverneurs de telz enfens tiens que grant prudence soit plus necessaire que moult grant sapience ; car, grant chose est ramener a discipline un courage eslevé en poissance de seigneurie ” (Christine de Pizan 2009 : I, XI, 52).

compartida por varios de sus contemporáneos. Tanto las investigaciones históricas de los últimos decenios, como las reflexiones de la misma Christine a lo largo del Libro II, coinciden en señalar dos fenómenos precisos vinculados a la caballería del reino de Carlos VI. En primer lugar, la decadencia de la flor de la caballería de la que da cuenta la literatura de aquellos tiempos (Favier 1980). En segundo lugar, el problema de las compañías que Carlos V había logrado erradicar parcialmente y que en tiempos del rey loco se ubicaba, aún, entre las grandes preocupaciones de la agenda política (Christine de Pizan 2009, II, VI, 116-8).¹³

Sin duda, la caballería de tiempos de Carlos VI se ajustaba mal al modelo virtuoso instaurado por su padre Carlos V. Bajo la influencia de Luis de Orleans se había perpetuado toda una nueva generación de caballeros propensos al despilfarro y a las excentricidades.¹⁴ Las largas treguas con Inglaterra habían creado la ilusión de una paz definitiva; especie de encanto al que parecían sucumbir a diario el rey y sus caballeros. Desde la *Cour amoureuse* de Carlos VI, entre juegos y cortejos de damas, comenzaba a gestarse el modelo de una caballería alejada de los campos de batalla. En contrapartida, las gentes de la ciudad y la campaña agobiadas por las cargas padecían por los delirios de una caballería cortesana, cuya belicosidad parecía haberse petrificado en la lejana batalla de Roosebeke.¹⁵ En función de este panorama, el modelo espartano propuesto por la escritora tenía como objeto disciplinar a unos caballeros devenidos en cortesanos. Frente a estos últimos, el colectivo de guerreros espartanos se presentaba como un cuerpo disciplinado fundado en el temor, pilar fundamental de una educación que en lo esencial era llevada a cabo por el estado. Esparta representaba, así, el ideal de una sociedad organizada en la que los ciudadanos virtuosos, como cuerpo disciplinado, estaban por entero al servicio del estado. Algo que no representaba un dato menor si se considera el interés de la escritora por mostrar a los príncipes de lis como individuos únicamente al servicio de la Corona, y, por ende, sujetos del rey como cualquier otro individuo del reino. La operación resulta interesante, puesto que no hay que olvidar que los hermanos del rey eran grandes señores de *apanages*, estos últimos, entidades socio-políticas de gran magnitud –especie de micro-reinos al interior del reino–; todos ellos, príncipes *apanagistes* a quienes Christine consagra una serie de capítulos a lo largo del Libro II dedicado a la caballería.¹⁶ De este modo, Christine lograba subsumir en un mismo modelo enfocado en la disciplina, a una nobleza con visos independentistas y a una caballería en declive. Como corolario, la educación espartana a través de una disciplina sustentada en el temor se ajustaba lo suficientemente bien a la relación entre el monarca francés y sus súbditos. En efecto, el temor formaba parte de la relación entre los sujetos y el rey, dado que el afecto debido al monarca era producto del justo medio entre *amor* y *timor*. Pero este *timor*, lejos de despertar el pánico (*pavor*) o miedo irracional propio del tirano, provocaba la reverencia, el respeto y la obediencia debidos a un buen rey, quien gobernaba en pos del bienestar general del reino (Bercé 1997: 166 y 172). Asimismo, el carácter constrictivo de la ley aparecía como un elemento clave para llevar a cabo la reforma de las conductas, al tiempo que

¹³ Para un estudio contemporáneo del fenómeno de las compañías durante la Guerra de los Cien Años consúltese Contamine 1975.

¹⁴ “Ce furent les fêtes d’une chevalerie bien vécue : joutes et tournois en armes prouvèrent que le temps des prouesses n’était pas mort. Ce furent aussi les joies d’une chevalerie imaginaire qu’entretenait dans les débats littéraires la fidélité aux romans arthuriens” (Favier 1980: 406).

¹⁵ “Ces jeunes qui pouvaient se distraire, parce qu’ils disposaient du Trésor [...] ne se rendaient aucunement compte du mécontentement qui les entourait” (Favier 1980: 406-7). Además, consúltese Autrand 1986.

¹⁶ Sobre los duques de Anjou, Berry, Borgoña y Borbón consúltese Christine de Pizan 2009.

ponía bajo responsabilidad de la monarquía la educación del cuerpo militar. Pero la ley debía asimismo interiorizarse, lo cual solo era posible por medio de la práctica y la costumbre. Al respecto, la metáfora de la tabla rasa, por aquel entonces erróneamente atribuida a Aristóteles, otorgaba sentido a una ley que aspiraba a reformar la caballería (Christine de Pizan 2009: I, IX, 48). Por otra parte, de acuerdo con la concepción de la caballería proporcionada por la escritora en el Libro II, el modelo educativo espartano podía extenderse a los caballeros y soldados que no formaban parte de la flor de la caballería y que no ocupaban los rangos dirigentes en el ejército. Más aún, si se considera que la falta de obediencia y de disciplina eran las principales razones del flagelo de las compañías que asolaban el reino (Christine de Pizan 2009: II, VI, 117) de las compañías que asolaban el reino. En gran parte, consecuencia de la desmovilización de las tropas tras cada batalla, estas compañías de *rouitiers* compuestas por soldados desempleados y por hombres de distinta proveniencia y dudosa profesión se dedicaban a rapiñar, saquear y violar en aldeas, pueblos y ciudades del reino. Este fenómeno explicaba en gran medida la confianza depositada por la escritora en un modelo educativo basado en la obediencia, el temor y la disciplina, con el objeto de reformar a las tropas e impedir el surgimiento de cabecillas rebeldes que alimentasen el fenómeno de las compañías.

Estas observaciones reafirman el carácter pragmático de la pedagogía de Christine, surgida de la realidad concreta de su tiempo y siempre al servicio de la política. De ahí, que la atención recayese sobre aquellos grupos de la jerarquía social cuyas acciones representaban una seria amenaza para el bienestar general del reino. Hecho que viene a confirmar el vínculo entre teoría y realidad política, vértice del pensamiento de la escritora y de las diversas materias tratadas en la obra. No obstante, si el tópico de la juventud puede ser leído en un registro teórico y a su vez práctico con relación al pasado y al presente político del reino en lo que respecta a la caballería, cabe ahora preguntarse cuál es su vínculo específico con la figura regia, cabeza del cuerpo político.

La función real: un ministerio sin edades

Si el sistema de monarquía hereditaria hacía inevitable la existencia de reyes jóvenes, la ley promulgada por Carlos V en 1374, que fijaba la mayoría de edad de los reyes de Francia a los catorce años, otorgaba el marco jurídico para el ingreso de un rey adolescente al ejercicio de la función regia. El mismo Carlos VI había sido coronado con tan solo doce años de edad. En el Libro III la escritora se refiere a la ordenanza del rey Sabio como una de las medidas de mayor prudencia durante todo su gobierno (Christine de Pizan 2009: III, VI, 204-7). No obstante, ¿no suponía aquello una contradicción con el tratamiento dado a la juventud y a su naturaleza viciada en el Libro I? ¿Acaso el poder en manos de príncipes jóvenes no era causa de perdición de los reinos como recordaba el adagio repetido por Christine “Mauditte est la terre dont le prince est enfant”? (Christine de Pizan 2009: I, XI, 51).

Si en primera instancia dicha conclusión parece imponerse, la cuestión toma un nuevo giro si la relación del rey con la juventud deja de evaluarse con base en un criterio etario para ser leída bajo un nuevo registro centrado sobre el binomio juventud-madurez. Desde este ángulo, el tópico de la juventud ingresa en una reflexión que releva de toda una teoría de la función regia que la escritora despliega a lo largo del texto. En principio, la etapa de la juventud no puede escindirse de la etapa de la madurez abordada en los dos capítulos que le siguen. Si la primera aparece como el

terreno de los apetitos naturales y depósito de todos los vicios, la segunda constituye “la edad perfecta”, aquel imperio de la razón gobernado por la prudencia del hombre sabio.¹⁷ Para el caso particular del rey Carlos, el capítulo de su coronación se presenta revelador en tanto la escritora hace del evento un pasaje en el que el delfín abandona la juventud e ingresa en la madurez; hecho que se constata a partir del empleo del mismo lenguaje en la descripción de ambos fenómenos. Así, tanto lo ocurrido en la coronación como la realización del hombre maduro, unos capítulos más adelante, son descritos en los mismos términos (Christine de Pizan 2009: I, VIII, 46-7). Por lo tanto, al momento de su coronación, el día de la Trinidad de 1364, el delfín abandonaba su juventud y devenía un hombre maduro. Si se considera el carácter netamente político de la consagración real –como entrada al oficio regio–, puesto a su vez en evidencia por la preferencia del término *couronnement* sobre aquel de *sacre*, el mensaje resulta claro. Una vez colocada en la cabeza del joven príncipe la suprema insignia de la realeza francesa, encarnación de la función real, el nuevo rey dejaba atrás su juventud para devenir el hombre sabio y prudente que exigía el cargo de primer servidor de la Corona. ¿Cómo explicar esta transformación? ¿Cómo justificar la adquisición de atributos y virtudes de un hombre maduro, cuando por su edad aún pertenecía a la categoría de hombre joven?

Si el episodio de la coronación entraña indudablemente un quiebre de la ley natural, la explicación parece radicar en la combinación de dos elementos: la gracia y el conocimiento. Solo bajo la acción de dicho binomio, la juventud del rey abandona su connotación negativa para adquirir un signo positivo. La causa primigenia ha de encontrarse en el elemento de la gracia que le permite a la autora desarrollar la teoría de los elegidos; aquel grupo de jóvenes que se encontraban por encima de la naturaleza estando dotados de un intelecto superior al del resto y con una innata predisposición al conocimiento (Christine de Pizan 2009: I, XIII, 57). Así, frente al común de los jóvenes se alzaba aquel otro grupo de los elegidos, que esclarecidos por la gracia divina escapaban a los vicios de la juventud y caminaban por la senda de la virtud.¹⁸ Vistos como hombres maduros no se identificaban con sus pares etarios que se burlaban de su comportamiento moral y de su afición al estudio (Christine de Pizan 2009: Charles V, I, X, 50). El delfín Carlos, de sangre real, ocupaba el primer lugar entre estos jóvenes virtuosos “si comme fu le sage roy Charles dont nous traitons, qui, meismes en tres jueune aage, vout cognoistre les effetz de vertu, qui estoit don de Dieu par-dessus nature” (Christine de Pizan 2009: I, XIII, 57). Si esto implicaba la consagración al estudio de las artes liberales, asimismo suponía la prudencia para aprender de las situaciones vividas, ya que, siguiendo un adagio de la época, era la experiencia la que hacía al maestro (Christine de Pizan 2009: I, X, 50; I, XIII, 56). Al fin de cuentas, dicho aprendizaje adquirido a expensas de los libros era lo que haría del futuro rey aquel maestro del arte de la política, “sage maistre, et expert en ycelle science”, por encima de reyes y emperadores de todos los tiempos (Christine de Pizan 2009: I, XIX, 68). De este modo, la conversión del delfín en hombre maduro durante su ceremonia de

¹⁷ “[L]a perfection du sens humain ne doit estre prise fors en aage de discrecion, ouquel temps homme est appellé *vir*” (Christine de Pizan 2009: I, VI, 43). “Or, nous convient parler du temps que le fruit est meur, cueilli et mis en sauf pour en proffitablement user; ce est adonc que l’omme a jappassé .L. ans; lors celui qui est de sain et sage entendement à soy a ja recueilli les vertus du sentement de cler cognoissance des choses qui savables lui peuentestre; or est temps d’en user par l’admenistracion de raison” (Christine de Pizan 2009: I, XIII, 56).

¹⁸ “Et pareillement sont à maint influées telles graces ; mais n’est mie doubtte que, se telz hommes, ainsi esleus peuent vivre jusques en aage de meureté, queàcent doubles en eulx est creue la perfection de leur graces” (Christine de Pizan 2009: I, XIII, 57).

coronación solo puede comprenderse bajo la acción del binomio gracia-conocimiento. Y si la escena es, no obstante, descrita con el lenguaje religioso propio de una conversión, dicho suceso solo se explica a partir de un proceso mucho más vasto, que originado en la gracia –en tanto elemento que otorga al rey un intelecto superior– resultaba el producto de un proceso de aprendizaje esencialmente práctico. Pero, si la experiencia estaba en la base de la ciencia política que el rey debía dominar, ¿en qué medida durante su adolescencia el joven delfín había experimentado en dicho campo? Justamente, en el mismo capítulo de la coronación, la autora se refiere a los “desafortunados golpes” y las “innumerables tribulaciones” sufridas por el delfín en el pasado reciente.¹⁹ Si en dicho capítulo Christine no se explaya demasiado, muchas de estas tribulaciones pueden encontrarse mencionadas a lo largo de la obra o detalladas con exactitud en las *Grandes Crónicas*, texto que la autora recomienda a aquellos lectores necesitados de mayores precisiones históricas. ¿Cuáles, entonces, habían sido las penas padecidas por el delfín a partir de las cuales pudo haber forjado la experiencia de gobierno? En primer lugar, había crecido en tiempos de una furia inusitada de los tres jinetes del apocalipsis: la conquista del territorio en manos inglesas, la Guerra de los Cien Años, la hambruna y la Peste Negra.²⁰ En segundo lugar, la experiencia de gobierno al frente del ducado de Normandía, recibido en *apanage* en 1356; por lo demás, una región bastante hostil al rey y cuyos habitantes, apegados a las antiguas costumbres y libertades normandas, se resistían al poder impositivo de la monarquía y a toda implementación de nuevas medidas (Autrand 1994: 169-73). En tercer lugar, tras la derrota de Poitiers y la captura del rey Juan, los estados generales lo nombraron lugarteniente general del reino, título que más tarde sería reemplazado por el de regente. Durante esta etapa el delfín debió afrontar la revuelta de los estados generales, una serie de revueltas populares y nobiliarias, y la rebelión del rey de Navarra y pretendiente al trono de Francia, Carlos el Malo. Asimismo, hubo de llevar a cabo las negociaciones con los ingleses por la liberación de su padre y otros nobles capturados en Poitiers, así como la revuelta y resistencia a su autoridad por parte de la ciudad de París, que bien nos relata la autora. Sin duda, todas estas problemáticas sirvieron de ensayo para su futuro mandato. De hecho, muchas de las decisiones tomadas en calidad de regente, tales como su rechazo a aceptar el tratado de Brétigny firmado por su padre y el monarca inglés, venían a expresar la sabiduría del joven delfín antes de convertirse en rey. En vistas a estas consideraciones, la coronación de Carlos V se presentaba no ya como el producto de la liturgia de consagración oficiada por el poder eclesiástico sino como una consagración por la vía de la sabiduría. Y, en este sentido, la coronación es concebida por la escritora como un pasaje de la juventud a la madurez que inscribe al soberano en la categoría de *vir*, la cual comportaba las virtudes necesarias al gobierno. Que la coronación marca la conversión del joven rey en *vir* es asimismo perceptible en el uso de un lenguaje que es propio del tópico de la madurez. En efecto, el hombre maduro tiene la capacidad de discernir lo bueno de lo malo, distinguiendo lo claro de lo oscuro gracias a lo aprendido y experimentado durante su infancia y su juventud (Christine de Pizan 2009: I, XIII, 56).

En síntesis, todas estas evidencias permiten sugerir que el modelo de edades naturales no

¹⁹ “bateures infortunées ja longtemps receues en son reame, par guerres, pertes excessives et tribulations infinies” (Christine de Pizan 2009: I, VIII, 46).

²⁰ “Peste, guerre, peste. Salaires, Prix, salaires. Les gouvernants ne parviennent pas à rompre l’enchaînement. On survit à un mal pour succomber à un autre. Les contemporains en sont bien conscients et l’expriment dans leur symbolique de l’effroi: guerre, famine et peste, les trois cavaliers de l’Apocalypse se relaient. Comme l’écrit un clerc normand encore étonné d’en avoir réchappé: *Et disait-on que le monde finissait*” (Favier 1980: 179-80).

seguía un estricto criterio etario, y que para el caso particular del rey las edades aparecían como categorías a partir de las cuales reflexionar sobre el oficio regio y su desempeño. Pero si el caso del delfín Carlos, devenido en sabio político, representaba el modelo triunfante de un joven monarca, los resultados no siempre eran igual de satisfactorios, a juzgar por el caso del rey Roboam, hijo de Salomón. Ambos detentadores de una realeza sagrada, el ingreso de cada uno de ellos a la función regia difiere notoriamente. Mientras que Carlos V asume la función real en tanto hombre maduro capaz de distinguir “le cler du trouble, le bel du lait, le bien du mal” (Christine de Pizan 2009: I, VIII, 46-7), Roboam accede a la función regia con todos los vicios de la juventud. Su falta de prudencia lo conduce a cometer el error político más grave: seguir el consejo de sus compañeros de juventud (Christine de Pizan 2009: I, VII, 45). Si entre los argumentos para justificar los orígenes divinos de la monarquía hereditaria y de la dinastía Valois la escritora se valía de la teoría de la gracia, esta, por sí sola, no era suficiente. La gracia no creaba de inmediato un rey con la aptitud para gobernar, sino que tan solo lo predisponía para la adquisición de unas virtudes de gobierno que solo podían alcanzarse por medio del estudio y la experiencia. Si a su ingreso en la función regia, el rey, no lograba quebrar con los vicios de la juventud, el panorama del reino se avizoraba por completo desdichado. Así, el *exemplum* de Roboam ponía en evidencia el modelo de un rey joven que no había logrado transformar su naturaleza al momento de entrar en funciones. Por el contrario, aquel de Carlos V representaba sin duda la versión triunfante. Por su parte, el pragmatismo del pensamiento de la autora y el vínculo estrecho entre teoría y práctica que comanda sus argumentaciones invita a la actualización del modelo bíblico ¿Acaso existía en el presente un sucedáneo de Roboam?

En efecto, el reinado de Carlos VI parecía ajustarse bastante bien al modelo plasmado en el Primer Libro de Reyes. A veinticuatro años transcurridos de su consagración, el rey francés continuaba comportándose como un joven, sea por sus desequilibrios mentales o por sus apetitos carnales. A pesar de sus treinta y seis años era considerado tanto por los príncipes de sangre como por la reina un eterno menor. Entre el padre y el hijo, parecía extenderse un abismo. Mientras que Carlos V, aún delfín, hubo de hacerse cargo de la situación crítica del reino tras la derrota de Poitiers y la captura del rey Juan y de la flor de la nobleza en calidad de lugarteniente y luego de regente, Carlos VI se debatía entre la enfermedad y los excesos, siendo remplazado a continuo por consejos de regencia. Hacia 1404, año en que Christine redactaba el *Livre des fais*, la Francia de Carlos VI ya portaba los gérmenes de la guerra civil de 1407 que dividiría al reino en dos facciones irreconciliables. En este sentido, la asociación entre Roboam y Carlos VI revela la riqueza del tópico de la juventud, esta vez para elevar una crítica al monarca del presente.

Carlos VI: rey joven, rey loco

Nacido el 3 de diciembre de 1368 y consagrado a la temprana edad de los doce, Carlos VI pasaba la treintena al momento en que Christine redactaba el *Livre des fais*, consagrado a la memoria de su padre Carlos V. Por aquel entonces, el monarca no era reputado ni por su política ni por su sabiduría, sino por su extravagancia y su pasión por las fiestas y banquetes. Pero, ante todo, Carlos VI era un rey enfermo.²¹ Al primer rapto de locura en Le Mans, el 5 de agosto de 1392, le seguirían

²¹ Al respecto véase Quartier y Sassu-Normand 2006.

otras tantas crisis que lo llevarían a ausentarse del gobierno por periodos cada vez más prolongados. Por aquella época, el frenético comportamiento de Carlos VI era objeto de todo tipo de elucubraciones médicas, filosóficas y jurídicas, cuya falta de juicio lo convertía en presa fácil de individuos ambiciosos (Autrand 1986: 269-345). A menudo acompañado de sus *compagnons* militares, adeptos a los juegos de caballería y a excentricidades, su entorno era marcadamente distinto al de su padre, a quien solía vérselo rodeado de sabios y prudentes consejeros. Lejos de los gabinetes del Louvre y de la sala de estudio –sitios predilectos del rey sabio–, su lugar estaba en el bosque disfrutando de la caza, o en la Corte, entre poesía, música y festejos; siempre que la enfermedad no lo obligase a recluirse en sus dominios palaciegos de las afueras de París, donde el rey pasaba largos periodos de recuperación. En el Libro II, la autora se refiere a la excelente educación que el rey sabio había comenzado a impartir a su hijo. No obstante, en el momento en que el delfín comenzaba a introducirse en el camino del estudio, la muerte de su padre vino a interrumpir de manera abrupta dicho proceso.²² Una vez rey, la autora destaca las virtudes caballerescas de Carlos VI y su generosidad. Ante todo *roi chevalier*, previo a que la enfermedad golpease a su puerta, Carlos VI había llevado una hazaña digna de un futuro en el camino de la monarquía universal (Christine de Pizan 2009: II, XV, 138). El 27 de noviembre de 1382, en valiente caballero al mando de sus tropas, había conducido a la victoria sobre las revoltosas ciudades flamencas aliadas con los ingleses. Con tal solo catorce años de edad, Carlos VI había logrado lo que tanto había costado a sus predecesores con mayor experiencia (Christine de Pizan 2009: II, XV, 138).²³

Si la faceta de rey caballero es la única destacable como propia de la función real como comandante de las huestes, el virtuosismo del monarca llega a su fin desde el momento en que resulta golpeado por la enfermedad. Si luego del suceso persisten ciertas virtudes, ninguna de ellas es adjudicable al arte de la política. Lejos del modelo de rey sabio y prudente necesario para la dirección de los asuntos de gobierno, Carlos VI es reducido al modelo de un rey amado, *le Bien-Aimé*:

à sa grant benignité, doulceur et clemence aultre ne se accompare, humain a toutes gens sanz nul orgueil, de si grant amour à ses parens, amis et affins, et meismes a ses officiers [...]; son peuple aime et ses subgiez [...] tant est plein de grant benigneté, doulçour et amour, que Dieu le demoustre meismes en l’empreinte de sa face (Christine de Pizan 2009: II, XV, 139).

En tanto monarca perteneciente al sagrado linaje de reyes franceses, el amor de este rey por sus súbditos era por completo correspondido por el amor que estos tenían hacia su persona. Principio esencial de la teoría política medieval, el amor estaba en la base de las relaciones entre el rey y la comunidad (Autrand 2009: 349). Precisamente, es de este amor del que se derivan todas las virtudes de Carlos VI, entre las que la autora destaca la generosidad, la dulzura y la bondad; todas

²² “Comme devant ay dit, le Roy son père par grant cure et deligence fist nourrir cest enfant, tant en nourriture de sa personne, comme, quant vint l’aage de cognoistre, de nourriture de meurs propices à prince et introducion de lettres ; et ainsi lui continua jusques en l’aage de la .XII^e. année, en laquelle, à grant prejudice de l’enfant et de tout le reyaume, lui failli par naturel trespassement” (Christine de Pizan 2009: II, XV, 137).

²³ Al efecto, sirve recordar que para Christine de Pizan la concepción de rey caballero está signada por la prudencia, es decir, por la capacidad del rey de administrar y organizar el ejército, tanto dentro como fuera del campo de batalla.

ellas virtudes derivadas de la gracia. No obstante, Carlos VI jamás alcanza la categoría de *vir* permaneciendo en el estadio de la juventud, es decir, en aquel estadio primigenio de la gracia, adjudicable a los retoños de linaje real. Por otra parte, la asociación entre Carlos VI y la juventud es identificable en el empleo de toda una terminología que releva del campo de los humores y que sirve para describir tanto a la juventud como a la enfermedad. De ahí, que el joven sea asimilable a un loco dado que no puede controlar sus pasiones y su comportamiento se rige por los cambios humorales. De este modo, los jóvenes poseen “folz cueurs”, sostienen “foles opinions” y se guían “par la chaleur de leur sang”, que los llevan a cometer “infinies folies”. Así, por inclinación natural los jóvenes no hacen más que “foloyer” (Christine de Pizan 2009: I, X, 49-50). Toda una terminología que la escritora vehiculiza en el tópico de la juventud y que en los documentos de la época es empleada, a su vez, para describir el comportamiento bestial de Carlos VI. Por su parte, la autora asocia al joven con el enfermo.²⁴ Desde esta perspectiva, los maestros y los parientes del joven príncipe son asimilados a los médicos y su labor consiste en aportarle al primero las medicinas correctas para devolverlo a la salud. En suma, entre exceso de carácter y estados de locura, considerado por su entorno como un eterno menor, el comportamiento de Carlos VI se correspondía bastante bien al de cualquier otro joven. Asimismo, la situación del reino se ajustaba a la perfección con la de un reino gobernado por un joven: revueltas populares, una caballería licenciosa y, sobre todo, la lucha entre los príncipes de sangre por el control del rey. En este sentido, resulta importante recalcar que la segunda parte del *Livre des fais* es redactado al inicio de la escalada de conflictos entre Juan Sin Miedo, nuevo duque de Borgoña, y Luis de Orleans, hermano del rey, punto de partida de la guerra civil y de la escalada inglesa por la apropiación de la corona de Francia.

Reflexiones finales

En el transcurso de los cinco capítulos del Libro I, el tópico de las primeras edades de los hombres es empleado por la escritora en vista a diversos propósitos que encuentran su coherencia en el conjunto de la obra y que asimismo no pueden desentenderse de la realidad presente del reino, ni de su historia más reciente. De ahí, que sea lícito adjudicarle a la juventud un carácter polisémico que repercute en distintos registros al interior del texto. En principio, tal como ha señalado Bernard Ribémont, el tratamiento de la juventud del rey a partir del argumento de las edades aristotélicas, ofrecía a la escritora un marco general para escapar del estilo biográfico y así evitar la narración de los hechos de la adolescencia de Carlos V (Ribémont 2000); una adolescencia, sin duda, turbulenta en la que el joven delfín oscilaba entre la categoría de hijo rebelde y aquella de traidor a la corona. No obstante, dicho argumento no es por lejos ni el único ni el más importante. No solo porque la autora desliza ciertas dudas en torno a todo lo malo que los textos de la época hayan podido narrar sobre la infancia y adolescencia de Carlos V (Christine de Pizan 2009: I, VI, 43) sino porque muchas de las medidas tomadas por el delfín como regente, y que en aquella época

²⁴ “[E]t tout ainssi comme le malade degousté qui souvent juge l’amer estredoulz ou aigre, et plus appete contraire viande que la propre, par comparoisonvient au jeune le plus de fois en ses jugemens sensitifs : et de ce la certaintet nous aprent l’experience de leurs œuvres et fais” (Christine de Pizan 2009: I, X, 49-50).

fueron catalogadas de desobediencia, Christine las considera positivas, tal como su negativa a firmar el tratado de Brétigny (Christine de Pizan 2009: II, XXIX, 167-8).

Al salir del relato particular, el tópico de la juventud aparece en toda su generalidad como un medio, tanto para la crítica como para la reforma, de una sociedad en la cual la sabiduría, la prudencia y la mesura de la época del rey sabio habían sido desplazadas por el ocio, la cólera y la desmesura. La ausencia de razón que caracterizaba a los jóvenes y que representaba el principio primero en la inversión de valores, tenía en la *Cour Amoureuse* su modelo ejemplar. El *Bal des ardents*, festejado en el Hotel Saint-Pol en 1392 y protagonizado por el rey y sus jóvenes caballeros, ofrecía la representación perfecta del estado de la cuestión. ¿Acaso el *chiarivari* no convertía al hombre en bestia? Este evento, en donde nada había faltado –ni las pieles, ni las máscaras, ni los aullidos de lobos–, expresaba en los hechos aquel estado caótico de la juventud dentro del ciclo de las edades: aquel paroxismo marcado por la irrupción de la naturaleza salvaje en el orden cristiano de la realeza. Este panorama explica la construcción de una pedagogía que abandona su generalidad para tomar cuerpo en la caballería, pilar fundamental del orden del reino. En este sentido, la reforma de la caballería pasaba en lo esencial por lograr la absoluta disciplina en el comportamiento y la sumisión al estado, siguiendo el modelo espartano. En efecto, para la escritora, la caballería comprendía individuos de distinta extracción social, que ocupaban posiciones diversas al interior de la jerarquía caballeresca: los príncipes de lis –en calidad de lugartenientes–, los principales caballeros –como comandantes– y el resto –simples soldados de tropa– (Christine de Pizan 2009: II, 103-189). De este modo, la caballería aparecía como una categoría que albergaba la diversidad bajo la forma de rangos de autoridad, pero que a su vez representaba un colectivo indivisible que cercenaba toda individualidad, al reducir a sus integrantes al único rol de servidores de la Corona; algo especialmente notorio para el caso de los príncipes de lis, que en la realidad eran grandes señores *apanagistes*, ante todo, interesados en la construcción y desarrollo de principados territoriales. El modelo espartano basado en la disciplina y en la sumisión de los guerreros al estado tenía su correlato histórico en la soberanía real. En este sentido, si la caballería comprendía a individuos tan diversos, la disciplina en tanto orden y obediencia al rey, constituía el principio unificador para la reforma de una nobleza *apanagiste* potencialmente rebelde, de unos caballeros más aficionados a la Corte que a los campos de batalla, y de unos soldados indisciplinados, prestos a seguir a los cabecillas rebeldes de las grandes compañías. (Autrand 1986: Charles VI, 367-83). En síntesis, la reforma de la caballería a partir de una reforma educativa estaba orientada a lograr la disciplina y la sumisión al rey, dentro de la lógica de construcción de una nobleza que debía forjarse desde las primeras edades de los hombres.

Para el caso particular del rey, en tanto primer servidor de la Corona, vemos aparecer los rasgos más novedosos del tópico de la juventud, en cuanto este responde a otros criterios que exceden al carácter netamente etario, y que se inscriben en el corazón de una teoría sobre la función regia. El capítulo de la coronación ubicado al interior del argumento de las primeras edades de los hombres, así como la descripción del fenómeno consagratorio por medio de toda una terminología que releva del pasaje de la juventud a la madurez, comporta una determinada concepción de la función real. En tanto primer servidor de la Corona, el rey jamás podía ser joven. Sin importar la edad que tuviese, la entrada en funciones obligaba su conversión en hombre maduro. La creación por parte de la autora de una consagración por la vía de la prudencia, mediante la asimilación de la entrada al oficio regio con el pasaje de la juventud a la madurez, hacía del nuevo rey un *vir* dotado de las virtudes de gobierno. No obstante, el fenómeno de la

coronación no debe engañarnos en cuanto a su carácter repentino, puesto que en dicho episodio la autora precisa que la conversión del rey, aunque originada en la gracia, era el producto de un proceso más vasto fundado en el estudio y la experiencia. En efecto, el tópico de las edades aparece vehiculizando toda una teoría de la función real y del heredero al trono, que desde joven ya contenía en potencia las cualidades para devenir maestro en el arte de la política. Desde esta perspectiva, el tópico de la juventud no se presenta, ya, para ocultar una hipotética juventud turbulenta del rey, sino precisamente para plasmar la teoría de los elegidos; aquel grupo de jóvenes a quienes la gracia había dotado de un intelecto superior para el conocimiento, cuyo desarrollo a través del estudio y la experiencia, les permitía doblegar a la ley natural. Tal había sido el caso de Carlos V, exponente triunfante del modelo regio. En el reverso, su heredero de humores cambiantes y comportamiento excéntrico, era la completa inversión del tipo de soberano sabio, prudente y mesurado que había encarnado su padre. Dos décadas después de su coronación, Carlos VI continuaba comportándose como un joven, y así lo consideraban la reina y los príncipes de lis. Por lo demás, Carlos VI era fácilmente asociable a la juventud a través del empleo de toda una terminología que relevaba del campo de los humores y que servía para describir tanto a la juventud como a la enfermedad y a la locura.

Si, por un lado, la identificación entre Carlos VI y el carácter del joven permitía realizar una crítica encubierta de su gobierno, por el otro, permitía exculparlo. En primer lugar, el joven gobernante era en cierto modo inimputable, siempre merecedor de la clemencia divina. Así, ante las perversidades cometidas por los jóvenes, Christine anteponía el mensaje de Cristo para con el Publicano: “Pere, pardonnez leur, car ilz ne scevent qu'ilz font” (Christine de Pizan 2009: I, XI, 52). En última instancia, la crítica iba dirigida hacia el entorno del rey, último responsable del mal gobierno.

No obstante, en una arquitectura política en donde la figura de rey sabio constituía la esencia del sistema, la culpabilidad del entorno, no resultaba suficiente para exculpar a un rey cuyo comportamiento era asimilable al de un menor. En este sentido, la autora se ve compelida a fundamentar el fracaso de la teoría de los elegidos, grupo al que el rey loco pertenecía en tanto heredero a la Corona de Francia. Por lo tanto, en el capítulo del Libro II dedicado al heredero real, la autora remarca dos hechos que vienen a interrumpir el normal desarrollo de las virtudes intelectuales a las que Carlos, como todo infante real, estaba inclinado por la gracia divina. En primer lugar, la muerte prematura de Carlos V, que impidió que el delfín recibiese la educación especial que su padre había previsto.²⁵ En segundo lugar, el flagelo divino de la enfermedad, que el monarca sufría en carne propia en pos de redimir los pecados de su pueblo. Resulta interesante cómo un razonamiento semejante es aplicable al tipo de sucesos que podían cortar el pasaje de la juventud a la madurez. Este último proceso, simbolizado por la unión del cuerpo con su principio primero —el alma—, no era otra cosa que la adquisición de la razón a lo largo del tiempo. No obstante, este pasaje podía verse interrumpido a causa de un evento de tipo extraordinario, como podía ser el caso de una enfermedad que coartaba el buen funcionamiento del cuerpo.²⁶ Sin duda, si se considera la insania mental que padecía Carlos VI desde su primera crisis en 1392, la analogía

²⁵ “Mais encore plus desirant pourveoir à l'entendement de l'enfant, pour le temps à venir, de nourriture de sapience, se faire se peust, à laquelle, à l'aide de Dieu, n'eust mie failli, se la vie du pere longue fust et accident de diverse fortune ne l'eust empesché” (Christine de Pizan 2009: I, XXI, 71-2).

²⁶ “[J]usqu'en aage parfaict d'omme, ou adonc quanto ffuscacion extraordinaire n'empeche l'orguan, c'est-à-dire l'instrument, qui est le corps, par maladie, ou aultre accident, l'ame doit ouvrer” (Christine de Pizan 2009: I, IX, p. 48).

es más que sugestiva. Por lo demás, este ejemplo venía a marcar la flexibilidad del tópico de la juventud, el cual permitía pensar la función regia a partir de dos ejemplares tan disímiles como lo fueron Carlos V y Carlos VI. En este sentido, las primeras edades de los hombres erigían un terreno fértil y dúctil desde el cual intelectualizar la función regia, y al mismo tiempo abordar la problemática de un rey carente de virtudes políticas. Operación, esta, que resultaba de sumo interés para una escritora cuya construcción de la política giraba en torno a la figura de rey sabio, pero que al mismo tiempo defendía el criterio hereditario de la realeza. En vistas a estas consideraciones, el uso que Christine de Pizan hace del tópico de la juventud viene a mostrar la utilidad y maleabilidad de ciertas categorías aristotélicas utilizadas por el pensamiento medieval, en tanto instrumentos valiosos para pensar la cuestión del poder en un sistema de monarquía hereditaria. Asimismo, conlleva a replantear el modo en que los hombres de esa época, particularmente, los escritores del arte de gobierno, entendían las categorías etarias en función de la política de su tiempo.

JULIANA EVA RODRÍGUEZ es Licenciada en Historia por la Universidad de Buenos Aires y Becaria Doctoral del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Bibliografía

- AUTRAND, Françoise. 1986. *Charles VI. La folie du roi*. París: Fayard.
- _____. 1994. *Charles V le Sage*. París: Fayard.
- _____. 2009. *Christine de Pizan. Une femme en politique*. París: Fayard.
- BERCE, Yves-Marie. 1997. *Les monarchies*. París: Presses universitaires de France. Colección Histoire générale des systèmes politiques.
- CHRISTINE DE PIZAN. 2009. *Le livre des faits et bonnes meurs du sage roy Charles V* [impreso]: texte original intégral du manuscrit Bnf Fr. 10153; [texto establecido por Nathalie Desgrugillers-Billard]. Clermont-Ferrand: Paleo.
- CONTAMINE, Philippe. 1975. “Les compagnies d'aventure en France pendant la guerre de Cent Ans”. *Mélanges de l'École française de Rome. Moyen Âge, Temps modernes*. Roma: École française de Rome. Tomo 87, N° 2, pp. 365-96.
- FAVIER, Jean. 1980. *La Guerre de Cent Ans*. París: Fayard.
- JACKSON, Richard A. 1995. “Le pouvoir monarchique dans la cérémonie du sacre et couronnement des rois de France”. En Blanchard, Joël (ed.). *Représentation, Pouvoir et Royauté à la fin du Moyen Âge, Actes du colloque organisé par l'Université du Maine le 25 et 26 mars 1994*. París: Picard, pp. 237-51.
- LE GOFF, Jack; Éric PALAZZO, Jean-Claude BONNE y Marie-Noëlle COLETTE. 2001. *Le Sacre royal à l'époque de Saint Louis d'après le manuscrit latin 1246 de la BNF*. París: Gallimard.
- LE NINAN, Claire. 2013. *Le Sage Roi et la clergesse. L'Écriture politique dans l'œuvre de Christine de Pizan*. París: Honoré Champion. Études Christiniennes.
- MONNET, Pierre y Jean-Claude SCHMITT (dir.). 2012. *Autobiographies souveraines*. París: Publications de la Sorbonne. Colección Histoire ancienne et médiévale, 113.
- QUERTIER, Cédric y David SASSU-NORMAND. 2006. “Entretien avec Françoise Autrand et Bernard Guenée, à propos de la folie du roi Charles VI”. *Traces. Revue de Sciences humaines*, N° 6.
- RIBEMONT, Bernard. 2000. “Le regard de Christine de Pisan sur la jeunesse”. *Cahiers de recherches médiévales (XIIIe-XVe s.)*, 7, 225-60.